

dos : la primera se intitula *Del porvenir*. La dirige á su amigo Itacio, obispo de Barcelona. « Debes tener presente, le dice, » que hallándonos juntos en Toledo el día de la Pasion de » Nuestro Salvador, nos retiramos á un sitio silencioso cual » convenia á la meditacion de esta augusta conmemoracion. » Leimos la Pasion, comparando los textos de los cuatro » Evangelios, y nuestros sollozos interrumpieron mas de una » vez su lectura. ¡Qué dulzura! ¡qué lúgubre armonía! ¡qué » amor tan tierno partía nuestros corazones! Entonces, sí, » entonces conversamos, no sé porqué sobre la vida futura. » El asunto de esta obra es la conversacion ó diálogo de ambos santos prelados. San Julian la divide en tres partes : primera, *Del origen de la muerte de los hombres*; la segunda, *Del estado de las almas antes de la resurreccion*; la tercera, *De la resurreccion de los muertos y felicidad de los bienaventurados*. Y concluye su obra con esta hermosa expresion : « ¿Puede acaso » ser nuestro último fin otro que el de llegar á un reino sin » fin? » — Otra de las obras de san Julian es un *Tratado de la sexta edad del mundo*. Los Judíos, que á pesar de tantas expulsiones, eran aun muy numerosos en España, se esforzaban en probar con profecias del antiguo Testamento que el Mesías habia de venir en la sexta edad del mundo. Ahora, segun el cálculo de ellos, aun duraba el quinto milenario : luego Jesucristo no era el Mesías, que solo debia de venir en el sexto. San Julian resuelve esta dificultad con pruebas irrefutables sacadas de los mismos profetas. Sienta la divinidad de Cristo, y hace ver que segun el cálculo de los Setenta su advenimiento se ha verificado realmente en el sexto milenario. Adopta su cronología, y hé aquí cómo divide las edades del mundo : la primera, de Adan al diluvio; la segunda, desde el diluvio á Abraham; la tercera, desde Abraham á David; la cuarta, desde David á la transmigracion de Babilonia; la quinta, desde esta transmigracion hasta el advenimiento de Cristo; y la sexta desde Cristo hasta el fin del mundo, « que » solo Dios sabe y conoce. »

8. El papa Adeodato habia ya muerto el 17 de junio

de 676. Este papa habia confirmado á los Venecianos el derecho de elegir á sus dogos, lo que prueba el perfecto acuerdo que mediaba entre Roma y Venecia. Los Venecianos, que para librarse de las perturbaciones de la democracia anárquica se habian decidido muy cuerdamente á escogerse un gobierno mas centralizado y estable, nada podian hacer de mas análogo que tratar de dar á su nueva constitucion una sancion sagrada que les daba nuevo título para irse desprendiendo mas franca y lisamente de la servidumbre en que los tenian constituidos los emperadores de Oriente. Por otra parte el papa veia con satisfaccion á un pueblo libre implorando la investidura que creia necesaria á su gobierno. Era declarar implicitamente que la autoridad temporal venia á ser en esta época una emanacion de la de la Iglesia; y la Iglesia otorgando á las otras el uso del dominio civil, indicaba el derecho y preparaba el medio de apropiarse, bajo cierto concepto, este dominio para sí misma. — Adeodato ratificó tambien el privilegio otorgado por Crotperto, obispo de Tours, al monasterio de San Martin, que consistia en eximir á este monasterio de la autoridad del ordinario. Algunos historiadores atribuyen á este papa ser el primero que usó de la fórmula empleada en las epístolas de los romanos pontífices : *Salutem et apostolicam benedictionem*.

§ II. PONTIFICADO DE SAN DONO I (2 de noviembre de 676-11 de abril de 679).

9. San Dono ó Domno, romano, fué elegido papa el 2 de noviembre. Solo duró dos años su pontificado, mas bastó para dar al mundo una idea muy elevada de su piedad, celo y actividad en el servicio de la Iglesia. Restauró la basílica de San Pablo, puso mesas de mármol en el atrio de la iglesia de San Pedro : recibió á la comunión católica al arzobispo Reparato, sucesor de Mauro en Ravena, y se apagó de este modo el cisma suscitado por Constante II entre esta iglesia y la de Roma.

10. El nuevo emperador, Constantino Pogonato, tuvo que

defenderse desde su advenimiento al trono contra las invasiones de los Sarracenos. Cercaba ya la flota musulmana á Constantinopla desde el castillo de las Siete Torres en la Propóntide hasta la embocadura del Bósforo, mandada por Yesid, hijo del califa Moaviah. El fuego greguisco (1), que acababa de ser inventado por un Sirio llamado Callinico, destruyó en gran parte los navíos turcos y sus máquinas de guerra. Los sitiadores se retiraron al puerto de Cizica, en la orilla izquierda del Helesponto. Durante siete años renovaron sus tentativas, pero sin éxito. Por fin en 678, el califa Moaviah pidió la paz, que se le otorgó por treinta años, con condicion de pagar al imperio un tributo anual de tres mil libras de oro, cincuenta prisioneros y cincuenta caballos de la mejor raza. Los habitantes de Constantinopla atribuyeron á la proteccion de la santísima Virgen el buen éxito de su valiente defensa. Se vió entonces intervenir en esta guerra por primera vez la nacion católica de los Maronitas, que acababa de instalarse en las cuevas y cavernas del Líbano para sostener su fe contra el poder de los Persas y Mahometanos. Hasta nuestros dias subsiste este pequeño pueblo, y se gloria de haber conservado constantemente desde su origen la creencia ortodoxa y union con la Iglesia romana. Los Maronitas tomaron su nombre de san Maron, abad sirio, que vivia en tiempo de san Juan Crisóstomo, bajo cuyo patronato se habia fundado en las orillas del Oronte, entre Emesa y Apamea, un famoso monasterio donde llegó á haber hasta ochocientos religiosos. Despues de la retirada del emperador Heraclio, que dejaba por desgracia el campo libre á los Persas y Musulmanes, se mantuvieron al-

(1) Este fuego *greguisco* se usó mucho en los ejércitos hasta la invencion de la pólvora: este fuego quemaba hasta en el agua, y era mas mortífero aun que los cohetes incendiarios á la Congreve. Se habia perdido el secreto de este fuego, y volvió á encontrarse en Francia en tiempo de Luis XVI: este monarca compró este secreto á sus inventores, les prohibió su uso y quiso que se enterrase en perpetuo olvido tan funesto descubrimiento. Consistia antiguamente en unos tubos en los que se introducian materias inflamables: seguia este fuego las direcciones que se le querian dar; abajo, arriba, á los lados, dentro del agua, fuera de ella; lo encandecia todo, metales y aun piedras.

gunos cristianos en los montes del Líbano, así como en las ciudades de Biblos y Cesarea de Filipo. Otros cristianos que huían del alfange musulman y de los Turcos, vinieron á aumentar su número y fuerza. De este modo fueron llegando mas de cuarenta mil de los territorios de Antioquía, Emesa y Apamea. Juan, obispo de Filadelfia, á quien el papa san Martin habia hecho vicario de la Santa Sede en el Oriente, les dió por obispo á Juan Maron, monje del monasterio del mismo nombre. Era un hombre sabio y piadoso, que ya habia ilustrado á la Iglesia con sus obras contra los sectarios de Nestorio y Eutiques. Fué consagrado obispo de Botrys con el título de patriarca, al cual sus sucesores han añadido el de *patriarca de Antioquía por los Maronitas*, y así son llamados en las bulas de los papas. El nuevo obispo se mostró tan diestro en el manejo de los negocios civiles como en el de los eclesiásticos. Supo encender en el corazon de su pueblo sentimientos de valor y de ardor que le hicieron el azote de los Sarracenos en la Siria. Los Maronitas hicieron incursiones continuas en el territorio turco y rechazaron sus enemigos, de un lado, hasta Jerusalem, y del otro hasta Damasco, y aun hasta las fronteras de la Arabia desierta. Estos continuos ataques fueron una de las causas que movieron al califa Moaviah á pedir paz y treguas á Constantino Pogonato.

11. Libre de las vejaciones exteriores, Constantino pudo ocuparse sériamente en el modo de terminar la cuestion del monotelismo que agitaba á todo el Oriente. Pedro, patriarca de Constantinopla, habia muerto en la herejía; y sus inmediatos sucesores Tomas II, Juan V y Constantino I (desde el año 666 al 676) se habian mostrado adictos á la fe católica, por lo cual los proclamó ortodoxos el sexto concilio general. Pero el patriarca Teodoro no heredó de ellos el espíritu católico, pues que era monotelita. El emperador, cansado de todas estas discordias intestinas, escribió al papa suplicándole enviase legados y convocase un concilio ecuménico donde se tratasen á fondo y fuesen resueltas definitivamente las cuestiones pendientes. « Los dos patriarcas, Teodoro de Constantinopla

» y Macario de Antioquía, dice en su carta, me han instado  
 » sobremana para quitar el nombre de Vitaliano de los sa-  
 » cros dípticos. Consienten gustosos en que se haga mención  
 » de Honorio, mas no quieren que se pongan en aquellos los  
 » nombres de los sucesores de este hasta que se haya aclarado  
 » cuanto es causa de disputas entre ambas sedes. » Se ve por  
 esta restriccion en favor de Honorio que los Monotelitas creian  
 falsamente que este papa habia sostenido ó favorecido al me-  
 nos estos errores. Cuando llegó la carta de Pogonato á Roma,  
 el papa san Dono habia ya muerto, en el 11 de abril de 679;  
 pero fué remitida á su sucesor.

§ II. PONTIFICADO DE SAN AGATHON (26 de junio de 679-17 de agosto de 682).

12. San Agathon, monje benedictino de San Eumes en Pa-  
 lermo, fué elegido papa en 26 de junio de 679. -- A la llegada  
 de los embajadores de Constantino Pogonato á Roma, ya ha-  
 bia reunido el nuevo papa un concilio de cincuenta obispos  
 para examinar canónicamente el recurso de san Wilfrido, ar-  
 zobispo de York, el cual, injustamente desposeido de su silla,  
 acudió en persona á la Santa Sede reclamando contra tal in-  
 justicia. Ermentrude, esposa de Egfrido, rey de los Sajones,  
 no pudiendo soportar el ascendiente de que gozaba en la corte  
 san Wilfrido, persuadió á su esposo dividiere en tres obis-  
 pados el territorio de la silla de York, intentando de este  
 modo disminuir el poder y crédito del santo obispo. Esto  
 aconteció en 678, y Wilfrido partió inmediatamente para Roma  
 solicitando la intervencion del soberano pontífice. Los vientos  
 contrarios le hicieron desembarcar en las costas de la Frisia,  
 cuyos habitantes eran aun idólatras. Wilfrido predicó á estas  
 gentes y tuvo la dicha de convertir á la religion cristiana gran  
 parte de los habitantes de aquellas comarcas. Pero Ebruino,  
 enemigo encarnizado de todos los hombres virtuosos de su  
 época, escribió á Adalgiso, rey de los Frisones, ofreciéndole  
 un celemin de monedas de oro si le enviaba la cabeza del  
 obispo de York: Adalgiso leyó en presencia de todos y del

mismo san Wilfrido la traidora é inhumana carta, y exclamó,  
 dirigiéndose á los enviados y arrojándola al fuego: « Decid á  
 » vuestro amo: Haga el Señor nuestro Dios destruir así el  
 » poder de los traidores! » Por fin logró Wilfrido llegar á  
 Italia en 679, despues de haber atravesado las Galias, donde  
 fué acogido con la mayor honra. El concilio Romano anuló  
 todo lo actuado contra él, y regresó á Inglaterra á presentar al  
 rey Egfrido la sentencia pontifical. Este príncipe rehusó some-  
 terse á ella, metiendo desde luego á Wilfrido en una cárcel y  
 luego desterrándole: y solo pudo volver á su silla despues de  
 la muerte del rey, acaecida en 680.

13. Concluido este negocio, se ocupó el papa en la demanda  
 de Constantino. Reunió desde luego un concilio de ciento vein-  
 ticinco obispos en el año 679, en el cual se renovaron las an-  
 teriores condenaciones contra los Monotelitas, y se eligieron  
 los legados que á nombre del papa habian de presidir en el  
 concilio general convocado para Constantinopla. Estos lega-  
 dos llevaban una carta del pontífice á Constantino. « No pen-  
 » seis, le dice, que os enviamos legados elocuentes, ni aun  
 » perfectamente instruidos en las sagradas Letras: ¿ni cómo  
 » fuera posible esta ciencia en medio del bullicio de las armas,  
 » y cuando los prelados se ven obligados á trabajar con sus  
 » manos para el necesario sustento? El patrimonio de la Igle-  
 » sia es presa de los Bárbaros: lo único que han podido salvar  
 » estos prelados es el tesoro de la fe, tal como nos la han trans-  
 » mitido nuestros padres, sin quitar ni añadir nada. » Era sin  
 duda necesaria esta modestia del papa para desarmar la falsa  
 ciencia y la sofistería petulante de los Griegos, en un momento  
 en que se iba nada menos que á condenar cinco ó seis de sus  
 patriarcas. En la misma carta san Agathon refuta la herejía de  
 los Monotelitas por la constante tradicion de la Iglesia romana.  
 « El universo católico, dice, reconoce á esta Iglesia como ma-  
 » dre y maestra de todas las demás. Por gracia especial de  
 » Dios no puede convencerse de haber faltado jamás á la fe  
 » ni separádose de la senda de la tradicion apostólica. Tal  
 » como ha recibido la fe de sus fundadores, los príncipes de